

UN COMENTARIO AL TEXTO
LA CASTRACIÓN DEL OTRO,
de RICARDO LANDEIRA

p/ Luiz-Olyntho Telles da Silva

Junio, 9, 2022.

1

Queridos colegas, lo que les voy a contar es lo que leí en el texto de Landeira, y también mis asociaciones e interrogaciones. Leerlo es siempre un gusto. Su título, *la castración del otro*, por sí mismo, abre inicialmente dos vertientes: el Otro como castrador y el Otro como castrado. Si fuera así, no está lejos de lo que decía Goethe: en la vida hay que ser martillo o bigornia. Luego, en la década de 1960, cuando las primeras grandes computadoras comenzaron a aterrizar en Porto Alegre, en mi curso de Lenguaje Fortram, el maestro decía: *o programas o te programan*. Son variantes, ¿no? ¿Pero será así?

Cuando estamos en el campo del psicoanálisis, estamos en el campo de las invenciones. Freud inventó el psicoanálisis, dotando a nuestro aparato psíquico de una instancia que, para él, debería ser del orden de una *tiefen psychologie*, de una psicología profunda, porque en esas profundidades estaría el inconsciente. Luego vinieron otras invenciones. La cultura es creada y alimentada por inventos. Lacan dijo una vez que su único invento fue el pequeño objeto *a*. Sabemos, sin embargo, que no fue así, porque mientras Freud habla de lo profundo, Lacan prefiere las superficies. Puede que haya dicho esto, entonces, por pudor, pero también puede ser que las otras, como las propuestas por Landeira, sean consecuencia de esta.

Y aquí estamos con *la castración del Otro*. ¿Podríamos parafrasear a Goethe: *o castras o serás castrado*? ¿Sería tan simple?

En primer lugar, para seguir el texto de Landeira, aclaremos: se trata del Otro con mayúsculas, representado por una A mayúscula, del francés *Autre*, y también para diferenciar del otro minúsculo (*a*). Y más, con el Otro de la Verdad aparece ya una característica de exterioridad. Landeira parte de ahí y, para hablar de la amplitud de esta A, tomó como ejemplo el cuento de

Borges titulado *La biblioteca de Babel*, que comienza diciendo que la biblioteca es igual al universo. Es una narrativa muy interesante. Están los hombres, los bibliotecarios, como las abejas, viviendo en hexágonos perfectos, cuyos muros están recubiertos de anaqueles, como dice Borges – prefiriendo una palabra de origen árabe y con significado de *transporte* (¿y no es cierto que las lecturas llevan a nosotros para lejos?) – y estos estantes, todos iguales, están cubiertos por libros iguales en tamaño, en número de páginas, en número de líneas y letras. Un investigador descubrió que todos están formados por los mismos 25 caracteres, que constan de 22 letras, un punto, una coma y un espacio. Un libro que contuviese todos los libros de la biblioteca sólo podía tener un nombre: Dios. Ese mismo Dios del que Landeira, acompañando a Lacan, se ocupará más adelante. Antes de eso, sin embargo, prestemos atención al valor de las letras. Los lectores de la Torá dicen que todas tienen el mismo valor. Freud, que sabía esto, extendió estos valores a las figuras oníricas. Por otro lado, históricamente sabemos que estas 22 letras de nuestro alfabeto no siempre estuvieron ahí. Fueron codificadas por un fenicio anónimo, en *Biblos*, hace poco más de tres mil años, y representan la condensación de cientos de caracteres cuneiformes que fueron acuñados en plaquitas de arcilla. ¿Y qué les parece, en este momento en que se trata del *Otro del Discurso Universal*, recordar que los hombres fuimos hechos de arcilla? (y también las mujeres, de nuestros sueños). Lo recuerdo como un argumento para probar la amplitud del A. Recordemos también, al respecto, que el significante, por su propiedad de punto de relleno –el *point de capiton* de Lacan–, alfilera todas las capas de estos significados históricos, algo no muy lejos del *point d'abyme*, del que Landeira nos habló hace unos días. Así estamos hechos, constituidos por letras, y por ellas somos transportados.

Ricardo me dijo una vez que no importa tanto el número de los que te escuchan, sino cuántos de los que escuchan llevarán adelante tus palabras. Y aquí, en esta presentación, nos da su argumento: – El discurso va más allá de aquel al cual se dirige. El Otro, para el sujeto, está en una dimensión de exterioridad, tal vez como la que pensó Freud cuando llamó a lo reprimido *tierra extranjera interior*, muy cercano a la *otra escena*, de Fechner.

Luego, entonces, viene el momento de la *demanda del Otro*, momento en el cual el Otro se convierte en el *Otro omnipotente*, abriendo así el espacio para el amor. Y, ahí, están también la sexualidad y el goce, nos dice. Para ello hay que pensar en Eros, el dios negro de la atracción, y también en Edipo, porque la sexualidad –como nos recuerda Ricardo– no es innata ni instintiva, depende del significante. Un ejemplo de esto es el goce regulado por la ley, y eso quiere decir que tiene un límite, lo cual es importante, muy importante, porque su obediencia, podríamos pensar, evita que el sujeto se vuelva loco. Y aquí estamos hablando de la importancia de poner un límite al Otro, de castrar al Otro.

Cuando Landeira opone Aristóteles a Benthan, a Jeremy Benthan, reafirma la importancia del lenguaje, ya que esta es el fundamento de nuestra humanidad. La existencia depende de ello, depende del *dixit* genesíaco. Y si el límite impuesto por la ley tiene que ver con la castración, que permite el acceso del sujeto a lo sexual, esta castración tiene que ser simbólica. No en vano el año cristiano comienza en el día de la circuncisión, que se hace al octavo día después del nacimiento, como canta una canción sefardí. Pero hay otra castración, a nivel del ser, representada por el goce del padre primordial, el padre mítico que tiene derecho a todas las mujeres. Entiendo que este mito fue creado por la fantasía de los niños, imaginando que el padre disfrutaba de todas las mujeres, y siempre está presente, aunque sea en *souffrance*, siempre amenazando a cada una con la imagen de Don Juan.

El concepto de *falo* resulta de la comprensión de estos límites, porque el falo aquí no es el pene, sino lo que está más allá, y no está de más pensar aquí también en la *otra escena*. Uno de los puntos importantes señalados en el texto por Landeira es que el acceso al goce sexual, lo que se da por medio de un significante, permite un límite al goce sexual del Otro, límite que si no está, insisto, nos vuelve locos.

De ahí la importancia de la *metáfora paterna* que, como señala Landeira, *distingue, en la madre, un deseo, y, en el padre, un nombre*. Un momento en el que, una vez más, podríamos preguntarnos: ¿naturaleza y cultura? ¿Ser y significante? Y la cultura, a través del significante del nombre del padre, en la metáfora paterna, permite el acceso al goce fálico, distinto del goce de A. Es – ese goce de A –, sin embargo, un goce aún no plenamente integrado en

la lógica fálica, que en ella se indica por una A sin barra, aunque sostenida por la castración (-φ). Es un momento de transición entre el Otro primordial y un Otro constituyente del sujeto; Podríamos decir de Otro Real y otro Simbólico. Las castraciones son sucesivas y no de una vez por todas. No estamos fuera del goce incestuoso de una vez para siempre. De la misma manera, no aprendemos nada de una sola vez, siempre es posible una vuelta más y podemos seguir aprendiendo a lo largo de nuestra vida, como veremos a continuación.

Para examinar la dialéctica entre los goces, Landeira parece partir de Aristóteles y su teoría de las cuatro causas, pero no. Él lo hace a su manera, con su propia lectura. Si me basara en el Estagirita, como hace Lacan, en *Encore*, para pensar un origen, diría que partiésemos de la *causa material*, esta que se toma como base. Así como el mármol es tomado como material de la escultura, sin el cual no es más que potencia, así el *goce de A* es como pura potencia sobre el cuerpo. Ahora bien, el goce fálico, éste, parte de ahí, como intención, movida por el significante, como *causa final*, ya que parte de una falta. Para Landeira, sin embargo, lo que llama la *causa original* tiene que ver, sobre todo, con un enunciado primordial, con la *bejahung*, el que faltó en la infancia del *Hombre de los Lobos*, según el análisis de Lacan, en su respuesta al comentario de Jean Hypolitte sobre la *verneinung*, aun en el Seminario 1. Para llegar a este punto, Landeira no deja de señalar la diferencia en la concepción lacaniana del ser: en la década de 1960, Lacan lo concibe como anterior al significante y, diez años después, ya no hay nada anterior al significante. Aprender de a poco es para todos.

Otro punto importante destacado por Landeira, también como consecuencia del anterior, es que el *goce del ser*, o el *goce del Otro*, aparece como un hipotético goce supuesto a las mujeres. Es un goce suplementario, basado en la operación fálica, la cual nos ofrece por medio de su lectura del cuadro de la sexualización con que Lacan abre el Capítulo VII del Seminario 20: *Une Lettre d'amour*, traducido al portugués y al español como *carta de almor*, aunque yo no entienda la razón de esta traducción. Es cierto que, en francés, no se escribe *amour*, con acento circunflejo. Sin embargo, lo encontré, sólo una vez, en el título de un libro de Charles Fuster, publicado en 1891, con el título casi irónico de *L'amour de Jacques, Roman...*

Este goce suplementario surge del ser no-toda, por no decir nada sobre el goce, o por callar porque no lo conoce.

Entonces, en este cuadro, aparece la división de ~~La~~ mujer entre el falo [Φ] y el significante de la falta en el Otro [$S(\bar{A})$] y su primer destaque es el hecho de que el *falo*, para la mujer, está en el campo del Otro. Y luego señala la diferencia entre la división femenina en relación al sujeto del inconsciente. Repito sus palabras: – *La significa que la mujer se divide entre lo que es como sujeto [$\$$] y lo que es como no sujeto, como no subjetivable*, o, como escribe Landeira, en la página 6 de su escrito, como *insubjetivabale*. En este Otro aparece su parentesco con la figura de Dios. Es la posición femenina la que engendra este Dios, un Dios que no es significado por la palabra y está constituido por el Goce del Otro, lo mismo que el Goce de Ser. Algo así como el filósofo que decía: - Lo que yo no soy, para mí, Dios es.

En este punto Ricardo propone un salto para examinar la relación del sujeto con el Otro, relación que nunca es completa, y el ejemplo, tomado de Lacan, y de Zeno, es el de Aquiles y la tortuga.

Es un ejemplo muy interesante. Es una metáfora, pero no una metáfora referida a los amores zoofílicos de Aquiles. De sus amores sabemos, por Homero, que amaba a Patroclo y Briseida. Aquí, en esta metáfora, podemos imaginar que la tortuga toma el lugar de Briseis. No es que se llamara así, pues aunque se llamaba Hipodamia, se la conocía así por ser hija de Brises. Viuda, después de que Aquiles matara a su marido en la batalla, el Pélida la tomó como botín de guerra, que luego le fue arrebatada por Agamenón y luego devuelta. El encuentro con Briseida, sólo en el infinito, como indica Lacan, puede ser representado, quizá, por el momento en que, a su muerte, ella le rinde los últimos honores fúnebres. – Es una historia de amor. Y ya que estamos hablando de la *castración del Otro*, notemos que la cita de Lacan, de que Aquiles puede superar a la tortuga, no es correcta. Por las reglas del juego, legalmente, sería imposible. El Maestro también tiene sus límites.

Entonces, decir que Aquiles persigue a la tortuga es lo mismo que decir que Aquiles persigue el encuentro. ¿Y porque? Para Landeira porque existe el *uno*, según la expresión de Lacan *Y'a d'l'un*. Es decir: *hay un significante*. Es más, yo diría que tiene que haber uno, al menos uno. Lacan

dice *hommoinsune*. Es un requisito de nuestro razonamiento. Lacan, en *Un discurso que no sería del semblante*, señala su diferencia con Aristóteles que identificaba a las mujeres con las histéricas, utilizando la palabra *pan*. Por eso, Lacan prefiere el aoristo *εχαστος*, *cada uno*, y es por medio de éste *un* que el sujeto imagina incorporarse a lo que está fuera del lenguaje, porque sólo desde allí puede comprender el mundo. Y, para el maestro francés, la histérica no es una mujer y la mujer no existe, pero es sobre este *un* que se funda la identidad femenina, una a una. Sin embargo, la mujer, mientras no toda, al buscar un hombre que supere la castración, un héroe, cercano al padre freudiano de la horda primitiva, *fuera del goce fálico*, busca a alguien cercano a la figura del buen Dios.

Para Lacan, el advenimiento de una mujer es una cuestión de *doxa*, una cuestión conceptual, de juicio y, añade: la mujer es tal *cómo era la virtud en las palabras de las personas que dialogaban en el Menón*. Y la *virtud*, ahí, tomada como *conocimiento*, sugiere que la aproximación del significante de la falta en el Otro, de Dios, se hace posible por la interpretación del concepto de *fronesis* como siendo la *inteligencia divina*. La posición femenina está fundada, pues, por Lacan, en una división más radical que la castración. Es así como Lacan sorteaba el límite freudiano bautizado como la *roca viva de la castración*.

Entonces es eso. Si la mujer no existe, están *las mujeres*, aunque se tomen una a una. Si no existe el *goce del Otro* es porque en ese Otro hay una diversidad de goces. Landeira ejemplifica con los goces alcanzados metafóricamente, como goce escópico integrado con el goce fálico.

Hay un trabajo continuo por hacer para producir la castración del Otro, del orden de lo necesario, eso que no cesa de ser escrito, como el percurso de Aquiles y la tortuga.

Es eso. Agradezco a Ricardo Landeira por su texto y también a ustedes por escucharme.